

LA IGLESIA EN EL MUNDO

Por Enrique Miret Magdalena

TODOS los hombres de buena voluntad están esperando conocer la palabra de la Iglesia acerca de los problemas de este mundo. Y es preciso que la Iglesia no les defraude con enseñanzas más o menos vagas, porque lo que la gente quiere es claridad en las posturas.

La misma claridad que manifestó Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris*, a pesar de los esfuerzos que hacen algunos católicos para evitar las consecuencias que se desprenden de sus enseñanzas.

Yo estoy seguro que la Iglesia, en esta cuarta sesión conciliar, va a dar una doctrina clara sobre el aprecio que los cristianos deben tener del mundo, con todos sus valores y conquistas. Y al mismo tiempo marcará claramente la libertad legítima que tiene el seglar para moverse en este campo, y decidir con responsabilidad, y sin paternalismos, en todo lo que se refiere a las soluciones concretas de los problemas de injusticia social, de violencia, de discriminación racial, de desarrollo cultural... que tiene el mundo de hoy.

Si la Iglesia, en su declaración conciliar, acepta el mundo de la creación, y del espíritu humano, sin remilgos, y proclama la libertad del católico para decidir lo que más convenga al mundo actual, movido por un sincero amor al mismo, el paso será inmenso.

SE ha dicho, con razón, que muchos países de tradición católica estaban en un gran atraso económico, social y técnico. Y los apologistas católicos, con mejor voluntad que acierto, han querido discutir esta triste realidad. Pero Juan XXIII, saltando por encima de todos los escándalos farisaicos, reconoció la poca influencia que la fe ha tenido en las instituciones modernas, tanto para su establecimiento como para su desarrollo.

Los católicos, en buena parte, hemos sido formados en un concepto de la religión evasivista respecto a los problemas de este mundo; se nos ha predicado una «santa indiferencia», que muchos teólogos espirituales habían entendido falsamente como si los buenos cristianos tuvieran que desinteresarse de las cosas que ocurren en esta vida, puesto que este mundo no tiene remedio, y principalmente debíamos pensar en las cosas de la otra vida. El extremo máximo fue el de aquellos Padres del desierto que huyeron del mundo, abandonándolo a su triste suerte. Esta espiritualidad de huida, explicada con cierta moderación, fue el concepto más perfecto de cristianismo, y el modelo de vida religiosa que se había mostrado al seglar como su verdadero ideal.

Pero el mundo contemporáneo ha derrocado muchas ideas falsas del Medievo, y se ha visto que las injusticias pueden resolverse si los hombres están dispuestos a aplicar su inteligencia y su voluntad a la resolución de las mismas, y a cambiar las estructuras de un mundo injusto, construido en gran parte por los egoístas dominadores del pueblo sencillo.

En el siglo pasado, aunque con evidente retraso (como ha proclamado un valiente Padre conciliar en la tercera sesión), la Iglesia habló de la cuestión social por boca de León XIII. Y «el primer Concilio Vaticano se reunió en el momento de la revolución industrial; dos años antes, Carlos Marx había escrito *El Capital*; y, sin embargo, el Concilio no dio ninguna directriz sobre la justicia social en los países industrializados; ni tuvo ninguna palabra de aliento para el proletariado, ni para la clase obrera perjudicada. ¿Cómo se puede pensar, entonces, que esta clase obrera haya podido alegrarse de la definición de la infalibilidad pontificia?» (Padre Mahon, superior de los misioneros de Mill-Hill).

Hemos de ser realistas y sinceros. No podemos colaborar por más tiempo a mantener este engaño religioso en que solamente damos los cristianos buenas palabras para resolver injusticias patentes. «El deber del que evangeliza es predicar todo el Evangelio de Jesucristo, y no solamente su parte espiritual... En nuestra civilización del siglo XX... los servicios del buen samaritano deben traducirse a términos modernos propugnando una asistencia social y económica a escala mundial» (Padre Mahon, sesión conciliar 9 noviembre 1964).

Ante 35 millones de seres humanos que mueren de hambre, no se puede seguir predicando que no podemos poner el corazón en las cosas de este mundo, porque eso sería pura hipocresía, disfrazada de beatería. Lo que tenemos que hacer es «buscar una actitud espiritual que dé mayor valor a las realidades terrenas...; incluso desearíamos que se pudiera poner el corazón en las cosas terrenas, aunque sin someterse a ellas como a un último fin» (Y. Congar, O. P.).

Pero no nos hagamos muchas ilusiones; para superar todas estas rutinas y cómodas posturas de muchos católicos, tenemos todavía mucho que

hacer. Recordemos cómo una encíclica tan meritoria, pero sin embargo bien moderada, como fue la *Rerum Novarum*, de León XIII, publicada a fines del siglo pasado, le mereció al Papa el epíteto de «comunista», por parte de algunos burgueses católicos; y en bastantes iglesias, de un país de tradición católica, se pidieron desde el púlpito oraciones por la conversión del Papa.

HOY en día se esgrime la etiqueta de «progresista» para lanzársela a todo católico que no está dispuesto a aceptar las injusticias de nuestro mundo, y que cree que para remediarlas no bastan ni las limosnas, ni las encíclicas de los Papas como si éstas fuesen un verdadero programa social.

Pío XII afirmó resueltamente que «la Iglesia nunca ha pensado que podía ella sola resolver la cuestión social» porque, como dice el famoso teólogo Padre Chenu, O. P. (objeto de los iracundos ataques de los integristas católicos franceses): Los antagonismos sociales «no podrán resolverse por medio de unas virtudes morales que calmen la envidia de los unos y el afán de lucro de los otros; será precisa una transformación de las estructuras económicas».

Nosotros creemos, como lo creyó Santo Tomás y el Papa León XIII, que no se puede exigir la virtud moral del término medio de los hombres sin un mínimo de condiciones vitales que permitan el desarrollo moral de los hombres. Y esto no es progresismo, sino cristianismo elemental.

Las encíclicas critican las injusticias que cometen los sistemas sociales o políticos que hoy existen; dan orientaciones morales a los hombres, las cuales se prestan a muy diversas aplicaciones, y dejan en libertad a los católicos para que encuentren las soluciones concretas adecuadas a los problemas de la sociedad actual. «La Iglesia tiene como misión formar las conciencias... de los que están llamados a encontrar las soluciones a los problemas y a los deberes impuestos por la vida de la sociedad» (Pío XII-Pentecostés 1941).

La Iglesia jerárquica nunca defiende ningún problema político, social o económico —según Pío XII—; somos nosotros los católicos seglares los que, unidos a todos los hombres de buena voluntad, debemos buscar y aplicar soluciones cívicas, sociales y económicas a los problemas de nuestro mundo. Y eso como uno de los deberes fundamentales de todo seglar cristiano.

AUNQUE la Iglesia ha mantenido, por boca de sus últimos Papas sobre todo, «la legítima laicidad sana del Estado» (Pío XII), y «el plano autónomo de lo temporal» (Pablo VI), sin embargo, una cierta tentación teocrática se hace patente en algunos actos de la autoridad eclesiástica, en cosas, por supuesto, que no son infalibles.

La dominación de lo temporal por lo religioso; de las cosas de este mundo, usadas con poco aprecio de su propio valor intrínseco, utilizándolas para ventaja de alguna consideración religiosa, debemos afirmar sinceramente que ha ocurrido a veces en la historia de la Iglesia, y que en nuestro tiempo se ha manifestado también.

Las consecuencias a largo plazo han sido nefastas, como hubieran podido sospecharlo, si quienes aconsejaron ciertas actitudes políticas, por ejemplo, hubiesen pensado más seriamente que esta confusión de planos de actuación sería perjudicial para la Iglesia. Cuando la Santa Sede perdió el siglo pasado los Estados Pontificios, la autoridad eclesiástica reaccionó ingenuamente pidiendo a los católicos italianos que se abstuvieran de la política, manteniéndolos en el ostracismo cívico durante muchos años. No podían manifestar estos católicos italianos sus preferencias políticas ni votar a los candidatos que les parecían más convenientes, como represalia por haber arrebatado la monarquía italiana las posesiones temporales de los Papas.

Sin embargo, hablando hace pocos días con un jesuita italiano, me decía que esto había sido un grave error de la Jerarquía eclesiástica, porque esa protesta un poco infantil había tenido las consecuencias contrarias a las previstas: el poder civil había estado en manos de los anticlericales, enemigos de la Iglesia, y los católicos habían estado ausentes en la iniciación de la construcción de las estructuras políticas y sociales de Italia. Pérdida irreparable de la que todavía no se habían recuperado los católicos de ese país.

En Malta, hace pocos años, la autoridad eclesiástica presionó a los católicos para que se abstuvieran de votar a favor del partido social, como represalia por su actitud dura con las posesiones que tenía la Iglesia en esa isla. En una palabra, este partido propugnaba una incautación razonable de las numerosas fincas que poseía la Iglesia en Malta, con el fin de darles una utilización más práctica y productiva. Al final, lo que ocurrió es que los católicos no hicieron caso de las indicaciones de la Jerarquía, y triunfó el partido social. Poco después —cuando ya no era tiempo— la Jerarquía tuvo que aclarar que las instrucciones dadas a los fieles, antes de las elecciones, no habían sido obligatorias bajo pecado. Pero cualquier lector imparcial pensará que esta aclaración la debieron haber hecho antes de que se celebrasen las votaciones, y no después.

Una cosa parecida ocurrió en Puerto Rico cuando se fueron a celebrar las elecciones para gobernador del país, poco antes de la elección del Presidente Kennedy en Norteamérica. Los obispos portorriqueños pidieron a los católicos que no votasen a Muñoz; y gracias a que esta intervención excesiva de la Jerarquía en los asuntos temporales molestó mucho a los obispos norteamericanos, se pudo aclarar la cuestión. El cardenal Spellman dijo a los periodistas americanos que ningún católico podía sentirse obligado a cumplir con lo que les exigía la Jerarquía de Puerto Rico, pues no era de competencia suya.

Estos intentos velados de ejercer una teocracia, deben ser barridos totalmente de nuestro mapa contemporáneo. Si los católicos fuésemos más conscientes de la doctrina tradicional, tan admirablemente expuesta por nuestros teólogos del siglo XVI, hubiéramos sabido distinguir perfectamente que nuestras obligaciones eclesiásticas terminan allí donde acaba el campo de lo sagrado, y que lo profano es de incumbencia de los seglares; aunque tengan siempre que tener en cuenta, en su decisión personal y responsable, los valores morales como uno de los factores para acertar en su juicio. Pero sin olvidar que «si hubiera dos candidatos para un cargo público: uno católico y otro que no lo es, y estuviera yo convencido que está mejor calificado para este puesto el que no es católico, nunca vacilaría en darle mi voto» (cardenal Stritch). La voz de la razón debe ser nuestra guía en lo temporal. «A los ojos de la Iglesia, la legitimidad de una forma de gobierno está en que sea aceptada por el pueblo» (arzobispo Ireland), porque «el individuo normal posee lo que podemos llamar psicología no-aprendida, que proviene de su misma naturaleza, y que le capacita para tomar las decisiones convenientes en los problemas ordinarios de la vida diaria, siguiendo su sano sentido común, su conocimiento de la realidad y el consejo de su propia experiencia» (Pío XII, 1955). Recordemos siempre que «son mejor conocidos por los seglares católicos, que por el clero, innumerables problemas de la vida profana» (Pablo VI), y la Jerarquía debe darnos un margen amplio de confianza en lo que es nuestro campo propicio. Por eso obraron bien los católicos monárquicos franceses cuando hicieron uso de su legítima libertad, al contradecir la indicación de León XIII de que debían aceptar la República. Aunque tuviera razón el Papa —como evidentemente la tuvo—, no era él quien tenía que resolver esta cuestión, sino los seglares. Tres grandes teólogos jesuitas —los Padres de la Brière, Montcheuil y Lubac— han estudiado hoy este tipo de actitudes, y han concluido que el católico debe pensar atentamente las directrices temporales de la Iglesia, sobre cosas meramente políticas, sociales o culturales; pero decidir siempre con arreglo a lo que le parece más conveniente, según su conciencia de hombre responsable.

LA piedra de toque de nuestra sinceridad cristiana tiene que ser la manera cómo nos responsabilizamos en las tareas de este mundo. Un seglar cristiano que vaya mucho a Misa, que tenga director espiritual y que haga meditación, pero se desentienda de los problemas humanos que le rodean, a nivel profesional, cívico o internacional, no es un verdadero cristiano. Los obispos de Alto Volta lo recordaron hace pocos años: «¿No sería burlarnos de nuestros hermanos, y de Dios mismo, el pedir para nosotros que nos libre de todo mal, si al mismo tiempo no trabajamos, en el lugar que nos corresponda, por la elaboración de instituciones políticas y sociales de nuestro país?... Un cristiano no es sólo uno que reza, sino también uno que actúa».

La predicación de la otra vida no debe hacerse como si fuera una escapatoria a ésta que ahora vivimos. El otro mundo será «unos nuevos cielos y una nueva tierra» (San Pedro); algo que continúe lo que en éste hayamos realizado y sea su total perfeccionamiento y eclosión, pero nunca una especie de vago idealismo engañoso, que nada tenga que ver con nuestras preocupaciones por los problemas de hoy. Hay un dogma, que es el de la resurrección de los cuerpos, cuyo profundo sentido es éste: el cielo no será una vida etérea y sin concreción material. Será un triunfo de la materia y del espíritu, definitivamente reconciliados. Un teólogo, don José María González Ruiz, y un Padre conciliar, inspirándose en él, el cardenal Meyer, han dicho cosas muy profundas sobre ello, que todos debíamos meditar para que la religión nunca se pueda decir que se convierte en el opio del pueblo.

Delial[®]

brinda un bronceado más bello, más rápido, protege más

con *Delial* puede Ud. permanecer mucho más tiempo al sol.

con *Delial* por lo tanto se bronceará en menos días.

con *Delial* científicamente preparado, logrará un rejuvenecimiento de su piel.

Delial se presenta en tres formas

CREMA SOLAR

ACEITE SOLAR

ESPUMA SOLAR

UN PRODUCTO

BAYER